

LA LIBE

Libe lee por aburrimiento la sección de Cartas de un **20Minutos** arrugado de hace tres meses que ha encontrado tirado: “Nada hay más desolador y triste que la atmósfera pequeña de un barato bar de vecindario aislado, en una gran ciudad, un domingo por la tarde”. Las cartas de este día tenían la consigna de comenzar por la máxima “Nada hay más...” Libe sigue leyendo la siguiente entrada: “Nada hay más grotesco que una viuda frente a un flamante televisor de plasma de última generación de 47 pulgadas, regalo de su hija, mirando una película en la que los personajes, por el efecto de la sofisticada pantalla paramount, salen enanos, gordos, achaparrados y deformados mientras la viuda, en su ignorancia, cree disponer del avance tecnológico más puntero, que por algo se lo ha regalado su hija”. Libe irritada, tira el periódico con energía al suelo, apaga el cigarrillo dentro de la lata de Coca-Cola y vuelve a mirar inquieta por la ventana de la primera planta del almacén del polígono. Está a treinta y siete kilómetros de su casa pero hoy, como es Nochebuena, Rayo le ha dicho que le manda un suplente a las nueve y todavía falta media hora, así que no sabe por qué mira por la ventana. Por mirar, supone.

Hoy es un día especial: irá a cenar con su madre y con su hermano Niko. Éste, si es que aparece. Llevan años que no cenan juntos, desde que murió padre, porque a ella, a la Libe, siempre le toca currar. Y si no ha sido por ella ha sido por Niko que él también ha faltado. Este año su madre le ha dicho:

—“Hija, estoy sola y ya sabes que no me queda mucho, ven a cenar, haz el favor, que a tu hermano yo le llamo yo para convencerle”.

Libe le ha dicho a la vieja que vale, que sí irá. Por la mañana ha comprado ella el pavo de tres kilos y el relleno. Incluso ha llevado un ramo de flores a la tumba del padre al cementerio de Vicálvaro, como le ha pedido madre, solo que madre no sabe que lo ha robado a unas gitanas porque no tenía el dinero en ese momento.

Libe lleva meses en las vigilancias nocturnas de los hangares y almacenes de los polígonos. Quiere dejar todo esto pronto, están lejos, y no son horas, pero es dinero fácil y le hace falta. Fue el mala sombra de su novio, o lo que fuera el Vikingo, maldita sea su suerte, el que le metió en todo esto de los almacenes, de vigilar sin saber ni preguntar. “Nena, mejor que no sepas lo que hay dentro”. Y cobrar y callar. El Vikingo está fuera de la circulación en la cárcel de Soto. Ella no, Libe está limpia. “Eso sí, Vikingo, al niño ni te acerques”, le dijo la última vez. El pequeño Jonathan vive con unos parientes de la abuela en Ávila y Libe le ha llevado muchos juguetes en su cumpleaños el 27 de Noviembre, tres añitos, que no se le olvidan, y les llevó dinerito para que no le falte de nada al peque. En unos meses se lo trae a Santa Eugenia, le pone en una guardería y ella a currar de cajera, que le ha dicho su amiga la Pili que a veces cogen a gente del barrio con hijos, aunque no tengan estudios.

Libe esta inquieta, los minutos se le están haciendo eternos. El móvil le avisa de un mensaje. Es la Pili: “Me ha dicho la hermana de Miky que irán al Neptuno de Vallekas. Cógete el pintalabios azul. Hoy, me lo como”. “Será cochina la Pili”. Y que más le dará el Miky a la Libe si no le gusta ni él ni ninguno de sus amigos. Libe le responde “Me aburren, pero conste lo hago por ti, tía. Esto es la muerte, me estoy comiendo la cabeza”.

Ya son las nueve menos cuarto. Libe se entretiene ahora con el móvil. Recupera una foto del Vikingo rapado y le pone pelucas de formas y colores ridículos. En una le ha puesto una melena roja y amarilla que le va que ni pintada. Suelta una carcajada nerviosa que hace eco en toda la planta y se asusta. El sitio es horrible, oscuro y enorme. No hay nada, salvo, en el fondo, el agujero protegido al que tiene que entrar en caso de peligro y no salir. Peligro es –le tiene advertido Rayo- si oye que llegan los del almacén de abajo, y sobre todo si vienen los maderos. En ese caso Libe sabe que tiene que enviar inmediatamente el mensaje ya escrito a Rayo, recoger colillas y latas y meterse en el agujero. Y esperar horas hasta que venga alguien a por ella. Pero Libe sabe que eso es muy difícil que ocurra, éste es el cuarto almacén en el que trabaja vigilando.

Enciende otro cigarrillo y del impulso se le cae el mechero rodando por el suelo. Como sólo hay una bombilla de luz mortecina apenas puede ver donde ha caído. Suena el móvil otra vez. Deja la búsqueda y abre el mensaje: de nuevo es la Pili, ahora le manda un mensaje guarro de Navidad en el que Papá Noel se ha convertido en un streaper muy bien dotado que felicita las fiestas bailando al son de “Navidad, dulce Navidad”, agitándose en movimientos convulsos alrededor de una barra fija. Libe suelta el móvil al adivinar el brillo metálico del mechero junto a unos palés. Lo recoge del suelo. “Mierda, ya sabía yo que esta falda me iba a dar problemas”. La falda que se ha puesto para la cena y para salir después, es de raso, color verde eléctrico, y acaba de darse cuenta de que le ha hecho un descosido al rozarse con el palé. “Mierda”.

Esta sofocada y decide abrir la ventana. Al acercarse percibe una luz extraña a un par de kilómetros, reflejada en las fachadas de los almacenes vecinos. La luz parece que hace giros sobre sí misma. Libe se queda petrificada. Inmediatamente recoge el móvil y vuelve a la ventana. La luz, de un azul luminoso, se ha hecho más intensa pero aún no puede confirmar qué es. En su mano derecha sujeta el móvil con firmeza y mantiene el dedo índice de la izquierda sobre el teclado digital listo para pulsar la entrada “Rayo peligro”. La luz azul está ahora muy cerca. No espera más y decide apretar el botón. Se marcha corriendo al agujero a esconderse.

-Ya me han jodido la Nochebuena, putos maderos.

La Pili le manda un nuevo mensaje: “Oye Libertad, nena, espabila, que ya son las nueve, y cuidadito con retrasarte”. Libe, dentro del agujero, apaga el móvil. Es otra de las instrucciones en caso de peligro.